

Los Contem pora neos

EL SUEÑO DE LA RAZON

Veo horrorizado "Pánico en el Transiberiano": un ser transgaláctico absorbe cerebros, se introduce en humanos. Veo "La residencia": un muchacho de nobles ojos claros, serenos ("... si de un dulce mirar sois a labados..."), descuartiza jovencitas para recomponer, con

trozos de ésta y de aquélla, alguna que se parezca a su madre y poderla amar. Un "Festival de Tom y Jerry", especialmente destinado a los niños, me muestra toda clase de sadismos, algolagnias, aplastamientos, torturas, traiciones, trampas, maldades, con la sonrisa en los labios. En "Los últimos juegos prohibidos", una parejita de niños matan suave y caritativamente, mediante uso de engaños, al jardinero y a la institutriz, que son amantes. Un niño más, en "El otro", asesina y daña, se cree que es dos, y su tierna abuelita rusa, para castigarle, prende fuego al pajar donde está escondido. Veo en "No es bueno que el hombre esté solo" cómo un caballero tecnócrata ama a una muñeca de goma y mata a quien la ofende. Veo decapitar tres o cuatro señoritas y hacer bailar a un niño desnudo en "Posesión", porque el espíritu de un portorriqueño malo se ha metido en el cuerpo de un "wasp" (blanco, anglosajón, protestante, por favor) y no hay vudú que lo saque. Veo a un Charlot sangriento en "La corrupción de Chris Miller", con la matanza de una familia entera mediante hoces y guadañas: la sangre salpica las paredes. Veo más hoces en "¿Qué habéis hecho con Solange?", donde los cuchillos se hunden con facilidad en los sexos de jóvenes colegiales. Veo "Condenados de ultratumba", repleta de condenados de ultratumba. Sangre, sangre, sangre por todas partes en "El padrino", donde la mafia resulta ser más justa que la sociedad que la contiene, y por algo será. Veo sodomía y asesinatos en "La casa de cristal", y opresión e injusticia de la sociedad y de una sociedad paralela, la de la prisión.

Puedo ver, si quiero —soy un hombre libre—, "Macho Callahan", "Arizona Colt", "Maciste contra los monstruos", "El crimen como meta". Y "El prestamista". El número de monstruos que puedo ver todos los días es infinito. Monstruos feos, monstruos ma-

los, monstruos buenos, monstruos simpáticos. Puedo ver litros y litros de sangre, heridas abiertas, rictus de terror, víctimas suplicantes, asesinos implacables, ojos extraviados, bocas contraídas que manan sangre, sangre, sangre. Puedo ver vampiros y suaves cuellos tendidos

con ofrenda hacia sus colmillos. Puedo ver señoritas desnudas, a condición de que estén muertas o vayan a morir, espectáculo precioso para necrófilos. Puedo ver senos descubiertos que van a ser rasgados. Puedo hasta ver o entrever en planos rápidos sexos de jóvenes colegiales, a condición de que lo que se introduzca en ellas sea un largo cuchillo, castigo definitivo para su compartimiento poco moral. Si no tengo bastante con la cartelera madrileña de la semana, la televisión me ofrece peleas, golpes, asesinatos, balazos, horcas.

Estoy contento. Puedo ver de todo. Vivo en una sociedad tolerante que me deja ver lo que quiero. Si, estoy contento. Me dicen, sin embargo, que hay películas demasiado fuertes que no puedo ver. Son películas de amor. Por lo tanto, demasiado fuertes. Mi psiquismo no está todavía preparado para ver películas demasiado fuertes. El amor es, sin duda, una cosa desagradable que puede trastornar a las sociedades. No me dejan ver el amor, porque podría hacerme sentir una identificación con los personajes de la película, un mimetismo, un vicio. Estoy contento. No tengo ninguna necesidad de amar ni de ser amado. Nadie debe tener la necesidad de amar ni de ser amado. Es algo que sólo trae males y desórdenes. Es un desastre.

A veces siento un extraño vacío, una rara inquietud. Algún desasosiego. No sé bien a qué atribuirlo. Cualquier tontería. Me pasa al atardecer y en las primeras horas de la noche. Estoy incómodo.

Entonces saco de detrás de la librería mi largo cuchillo florentino (el anticuario me dijo que era obra de Benvenuto Cellini), salgo a la calle y busco una esquina solitaria. Cuando vuelvo a casa, limpio cuidadosamente su hoja, lo vuelvo a esconder y duermo de un tirón. Estoy contento. Y me pongo a esperar la salida de "Pueblo".

POZUELO

ASOCIACION DE LA PRENSA DE BARCELONA: IMPRESIONES DE UN DEBUTANTE

Al cabo de trece años de oficio periodístico, en un complicado Guadiana profesional que no viene al caso, consigo llegar a la Asociación de la Prensa de Barcelona, y ante mí se abre la fascinante oferta de una Asamblea Extraordinaria solicitada por 108 socios para discutir sobre el tema de los Colegios Profesionales y las posibles salpicaduras que alcancen a la Asociación. No es que me pusiera los zapatos nuevos, pero sí ensayé ante el espejo el rictus trascendente del debutante, y me apresté a un rico debate parlamentario entre propugnadores e impugnadores. La hora de la convocatoria (tres de la tarde) representaba una auténtica provocación en el país de la úlcera de estómago y el bicarbonato sódico. Si tenemos en cuenta que las redacciones de los diarios de la tarde cumplen su horario entre la una y las dos del mediodía, forzar una reunión a las tres es uno de esos favores que nunca se olvidan.

Casi todos llegaban a los locales de la Asociación con la congestión en el rostro y la sospecha en el alma de que no se conseguiría el «quorum» necesario para celebrar la asamblea. Venían con moral de viaje de ida y vuelta, y el mismo talante pudo apreciarse en los miembros de la Junta Directiva. Para empezar, no vinieron todos, y para continuar, apenas si establecieron contacto entre posaderas y asiento para establecer que no había «quorum» e iniciar una retirada verbal y locomotoramente tartamuda.

Pero si entraba en las reglas del juego del poder liquidar lo más rápidamente posible una reunión solicitada desde abajo, lo sorprendente es que tres cuartas partes de los firmantes de la convocatoria ni asomaron las narices. Hubo, pues, una alianza entre el poder, la mayoría silenciosa y la minoría silenciada, en este caso mejor llamada «minoría invisible».

Ahora bien. A las tres treinta de la tarde se comprobó que no había «quorum», un «quorum» que muy pocas veces se ha conseguido reunir en una Asociación sabiamente educada en estímulos «benéficos sociales-gastro-nómicos». En otras ocasiones el presidente hacía suya la propuesta de los convocantes y bajo su voluntad se iniciaban los debates, salvando el requisito del «quorum». Pero el señor Santiago Nadal se encastilló en un no constante, justificado porque en cierta ocasión cometió la benevolencia de aceptar una reunión similar a pesar de que no había «quorum», y después, en el transcurso de la misma, le presentaron una moción de censura.

Entre las tres treinta de la tarde y las cuatro fueron llegando nuevos socios, cuando ya la Junta Directiva había abandonado la sala con la conciencia de la misión cumplida. En el salón de actos se reunieron entre cuarenta y sesenta socios que de una manera informal opinaron sobre el riesgo de que integren a los periodistas en Colegios Profesionales Sindicales o la posibilidad de que pasen a Colegios Profesionales recortados y recortables, según los deje el proyecto de ley. Una de las conclusiones más desalentadoras es que la opinión crítica de los periodistas jamás es recogida por la prensa: se hace eco de cualquier colegio técnico, pero casi nunca de los profesionales de la información. Por otra parte, se consideró que la posible intención de meter a los periodistas en Colegios Profesionales Sindicales es una respuesta a los recientes conflictos laborales en los que en algunos periódicos hubo solidaridad entre talleres y redacciones.

En esta profesión hay un clasismo sabiamente estimulado que en los Colegios Profesionales Sindicales se vería seriamente agravado: los obreros de talleres tendrían su campo y cauce reivindicatorio y los redactores el suyo, con la consiguiente disminución de la capacidad de presión del sector asalariado.

Finalmente, la reunión informal, a la que asistieron carismáticamente «desarmados» dos miembros de la Junta Directiva en calidad de observadores, acordó solicitar a Eduardo Tarragona que se convierta en portavoz de los periodistas a través de las páginas de los diarios. Es posible que don Eduardo, al fin y al cabo nuestro diputado, tenga que pagar un espacio publicitario para que los lectores puedan recibir el comunicado de los que cada día hacen el diario. Retorcido asunto, con la hermosura barroca de una columna salomónica, sostenedora de los templos del absurdo.

Cuando frustrado me retiraba a mi condición de peatón sin una asociación que ponerse por escudo, ni un anillo con una fecha por dentro, observé que en torno al presidente, don Santiago Nadal, se había formado un cerco de democráticos coloquiantes que le pedían más talante parlamentario que el demostrado. Don Santiago parlamentaba con maneras de monarca sueco recién llegado en bicicleta, pero también con un tono de voz algo escurialense y una malicia borbónica (me refiero a los Borbones de antes de La Gloriosa) manifestada cuando preguntó: «¿Dónde se han metido los que pidieron la reunión? ¿Por qué no han venido?». Lo mismo me preguntaba yo después de dejar sin respuesta otra pregunta previa: ¿Por qué la Junta Directiva estaba tan contenta de que esta reunión no se celebrara? ■ M. V. M.